

843.
9.

P22217
D2
C38



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA CARRERA AL PRECIPICIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

I

En el extremo de la « Via delle Ospedale », una de las grandes arterias de Turín, había, en 1793, una casa de elegante aspecto, formada de tres pisos y rodeada de un magnífico jardín.

Ese edificio había sido mucho tiempo residencia de una rica familia de Turín, pero en la época en que se desencadenaba el Terror en Francia la afluencia de emigrados que iban á buscar un refugio en la capital del Piamonte decidió al propietario del inmueble á transformarle en un hotel amueblado para uso de los extranjeros. Los fugitivos franceses y los de Saboya, después de que esta provincia fué anexionada á Francia y tuvo que obedecer sus leyes, no tardaron en ocupar los departamentos más ó menos vastos que se habían preparado en la casa, disponiéndolos de modo que los huéspedes tuviesen

la facultad de vivir aisladamente ó en común si lo preferían.

Siendo cómodos esos departamentos, su mueblaje lujoso y su precio elevado, la casa Gavotti se convirtió prontamente en el punto de cita de los emigrados notables, provistos de más recursos que los que poseían en su mayor parte los desgraciados á quienes la tormenta revolucionaria había echado de su patria. Pocos meses después de su fundación, la casa Gavotti pasaba por ser la más aristocrática de Turín.

Para convencerse de que merecía su reputación, bastaba leer en el cuarto del portero la lista de los inquilinos, colgada en la pared y puesta en un marco. Todos pertenecían á la más alta nobleza de Francia y de Saboya, nobleza de espada y nobleza de toga. Entre ellos se encontraban, en el momento en que comienza este relato, es decir, en la primavera de 1793, dos mujeres jóvenes, la condesa Lucía de Entremont y su hermana menor, Clara de Palarin, hijas del difunto lugarteniente general marqués de Palarin, uno de los más gloriosos veteranos de los ejércitos del rey de Francia.

La mayor se había casado con un noble saboyano al servicio del Piamonte, y establecida en Saboya por su matrimonio, había recogido á su hermana á la muerte de su padre. Poco tiempo después, cuando la toma de Chambery por los franceses había hecho peligroso residir en esta ciudad, el conde de Entre-

mont, antes de irse á combatir en los Alpes á los invasores de su país, llevó á Turín á su mujer y á su cuñada y las instaló en la casa Gavotti, confiándolas al cuidado de un ama de gobierno, la señora Gerard, que servía ya en casa de sus padres cuando ellas vinieron al mundo.

Desde que habitaban en este asilo, nadie podía jactarse de haber comunicado con ellas, pues vivían muy retiradas y hasta huían de las ocasiones de encontrarse con los emigrados establecidos en la casa. Una casa de huéspedes es siempre una especie de mentidero, y, en ésta, la actitud de las jóvenes daba ocasión á comentarios desprovistos de benevolencia. ¿Qué tenían que ocultar para sustraerse así á las insinuaciones de amistad que se les hacían y para cerrar su puerta á los visitantes?

Hubiérase juzgado menos severamente á aquellas bellas reclusas si se hubieran conocido las causas de su enclaustración. Pero esas causas eran apenas sospechadas. Se ignoraba en general que la condesa de Entremont, al condenarse con su hermana á una existencia de monja, obedecía las órdenes formales de un marido despótico y celoso cuyos celos, bien mirado, no dejaban de tener excusa.

No era porque la condesa hubiera hecho nunca nada para justificarlos, sino porque el conde la llevaba veinte años y no ignoraba que Lucía se había casado con él sin amor, después del rompimiento de un noviazgo anterior, rompimiento impuesto por su

padre y que la había separado de un hombre profundamente amado, en la víspera del día fijado para su casamiento.

Aquel prometido, duramente rechazado, se llamaba Roberto de Dalassene. Su familia no cedía en nada como antigüedad á la de Palarin. Un barón de Dalassene figuró en la primera cruzada é hizo una brillante fortuna en la corte de los emperadores de Bizancio. Vueltos á Francia en el siglo catorce, los descendientes de aquel héroe, gracias á su inteligencia y á su valor, habían dado al nombre de que estaban tan justamente orgullosos una celebridad igual al brillo de sus servicios, y adquirido grandes bienes, de los que su heredero, Roberto de Dalassene, era todavía poseedor en vísperas de la Revolución.

Mandaba entonces el joven un escuadrón del regimiento de caballería de Artois y debía á su juventud, á su elegancia y á su ingenio no menos que á su nacimiento, el estar en primera fila entre aquellos nobles á quienes el rey y la reina colmaban de favores y á quienes parecía prometida la carrera más envidiable.

Una noche, el joven Roberto conoció á Lucía de Palarin en casa de su abuelo materno, el arrendador general Ninart de Lavoix. Lucía acababa de salir del convento, donde estaba todavía su hermana, y estaba haciendo su entrada en el mundo. Sus diez y ocho años, su belleza y su encanto ejercieron en

Roberto una seducción fulminante, y el joven no tardó en lograr agradar á Lucía tanto como ella le agradaba. Sucesivos encuentros aumentaron la vivacidad de sus sentimientos recíprocos, y pronto se decidió el matrimonio, con gran gozo de las dos familias ó, por mejor decir, de lo que de ellas restaba. Como parientes próximos del novio no quedaban más que su abuelo, que vivía casi siempre en sus tierras de Normandía, y su tío abuelo, el arrendador general. En cuanto á la prometida, que había perdido á su madre siendo aún muy niña, no tenía á quien querer más que á su hermanita y á su padre, al que el dolor de haber visto ensangrentar las calles de París al furor popular debía llevar á la tumba pocos meses después de la toma de la Bastilla.

En el momento en que espiraba el marqués de Palarin, su hija Lucía, aunque prometida anteriormente á Roberto de Dalassene, acababa de casarse con el conde de Entremont. Este casamiento inesperado y contrario á sus compromisos anteriores, había sucedido á los motines trágicos del 14 de julio y era su consecuencia. Sé había visto, en aquel día, al prometido de la señorita de Palarin mezclarse con los amotinados, animar sus violencias, fraternizar con ellos y declararse partidario de las ideas nuevas.

Objeto de vehementes reproches de su abuelo, Roberto había agravado sus culpas al afirmar sus convicciones y al tratar de justificar su conducta. El

abuelo, indignado, arrojó de su casa á su nieto, y cuando, al día siguiente, éste se presentó en el hotel de Palarin, no fué recibido. En la misma tarde, una carta le hacía saber que el marqués rehusaba dar su hija á un renegado, y que salía de París con ella. Rabioso, entonces, é irritado por el rigor con que se le hacía expiar una hora de extravío, del que acaso se hubiese arrepentido si se le hubiera tratado con más indulgencia, siguió el ejemplo que le daban otros nobles: Mirabeau, Talleyrand, Biron, Custine, Chateauneuf-Randon, Le Peletier de Saint-Fargeau, Herault de Sechelles. Con desprecio de su nacimiento y de las enseñanzas que había recibido, é ingrato con los soberanos á quienes debía tantos favores, se arrojó ruidosamente en el partido de la Revolución.

Su caída fué tan rápida como profunda. Frecuentó los clubs, se afilió en los Jacobinos, peroró contra los realistas y los moderados y hasta, un día, se plantó el gorro frigio. Había suprimido la partícula de su nombre y no quería ser más que el ciudadano Dalassene. La necesidad de hacer olvidar su origen le impulsaba á los peores excesos. Era preciso á todo trance disipar las desconfianzas que excitaban entre sus nuevos amigos las costumbres aristocráticas á que no había renunciado y de las que daban aún testimonio su elegancia y su modo de vivir. Al mismo tiempo se entregaba á una existencia de placeres y de disipación, sin temor de exhibir sus rela-

ciones con mujeres notoriamente desacreditadas y que reemplazaban á sus lazos de familia, rotos para siempre.

En septiembre de 1792, los electores de la Nievre le recompensaron su cambio designándole para representarlos en la Convención. Esta elección, que él había solicitado, puso el sello á su apostasía, y como él se gloriaba de ella y quería que nadie la dudase, fué á tomar asiento en los bancos de la Montaña. Allí se hizo notar prontamente por su actividad revolucionaria; se asoció á las medidas más violentas, se hizo elegir miembro de la junta de Seguridad general y enviar á los ejércitos como representante del pueblo.

Cuando empezó el proceso del rey, estaba él en Colmar por orden de la Convención y hubiera podido no asociarse á la sentencia que iba á dictarse. Pero tuvo á honor no rehuir la responsabilidad del acto jurídico que se preparaba, hizo llegar su voto por carta y ese voto fué de muerte. Cuando su carta fué leída en la tribuna y publicada por los periódicos, Roberto recibió una de su abuelo, en la que el viejo Mausabré, no habiendo podido contener su cólera, le enviaba su maldición.

Durante el curso de estos acontecimientos, que Lucía de Entremont seguía de lejos, la joven, lejos de tratar de que se borrara de su corazón la imagen de Roberto, se complacía en retenerla en él. Aunque no había vuelto á verle y parecía resignada con su

nueva vida, pensaba en él sin cesar, y pensaba sin cólera, considerándole más como una víctima que como un culpable y convencida de que Roberto la amaba lo mismo que en otro tiempo.

Sus pesares y ciertas vagas esperanzas alimentaban sus ensueños de joven, y su marido, que sospechaba el objeto de tales ensueños, se irritaba interiormente. Después de haberlos hecho servir mucho tiempo de pretexto para obligarla á vivir como una enclaustrada, ya en Chambéry, ya en el castillo de Entremont, se había fundado en los pensamientos ocultos que le atribuía para prohibirle, al dejarla en Turín, las relaciones que él no hubiera autorizado. Desesperando de hacerse amar, quería hacerse temer y podía creer que lo había logrado, puesto que su mujer continuaba acatando dócilmente su voluntad, aunque, estando separado de ella, le fuese imposible vigilarla.

Es verdad que Lucía no sufría con la soledad. Ausente su marido y teniendo al lado á su hermana, esto bastaba para que la joven se considerase tan feliz como se lo permitía la herida de su corazón. Su persona estaba prisionera, pero su pensamiento no lo estaba y podía abrirse libremente y á todas horas al recuerdo de Roberto, del que seguía ardentemente enamorada á pesar de los obstáculos insuperables que la separaban de él.

II

Así habían transcurrido varias semanas sin que se anunciase ningún cambio en la existencia melancólica de Lucía, cuando, una mañana del mes de marzo, cuando la joven acababa de despertarse al ruido que hizo su hermana al entrar en el cuarto á darle un beso, el ama de gobierno, señora Gerard, se dejó ver detrás de la muchacha.

La edad y la apostura de esta señora imponían respeto. Tratada por sus jóvenes señoras, no como una subordinada, sino como una amiga, ella dirigía la casa y les prodigaba sus cuidados con una solitud casi maternal, sin prescindir de la deferencia que tenía, á pesar de sus cincuenta años y de sus servicios, como un deber de estado.

La Gerard se quedó inmóvil en el umbral de la habitación como si esperase que se le ordenase entrar, y su mirada se posó en las dos hermanas, la una en pie y la otra acostada. Sus encantadoras

cabezas agitábanse en la misma almohada. Lucía se agitaba riendo bajo los besos de Clara, cuyos rubios cabellos se mezclaban con los cabellos negros y trazaban surcos de oro sobre su color obscuro de brillantes reflejos.

La presencia del ama de gobierno puso fin á estas caricias que se renovaban todas las mañanas y en las que la alegría de los diez y siete años de la hermana menor disipaba un momento la gravedad precoz de los veintidós años de la primogénita.

— ¿Tienes que hablarme, Gerard? preguntó Lucía desde la cama.

Y viendo un pliego cerrado en las manos del ama de gobierno, añadió :

— ¡Una carta! De mi marido, sin duda.

— No, señora, no es del señor conde. No ha venido por el correo; me la acaba de entregar el criado de un viajero que ha llegado esta noche á la casa.

— ¡Llegado esta noche! ¿Quién puede ser? Descorre las cortinas, Gerard, y tú, Clara, abre esta carta y léeme su contenido.

Las dos órdenes fueron ejecutadas al mismo tiempo. Cuando la Gerard hubo dejado entrar la luz, Clara, que había abierto la carta, pasó por ella los ojos.

— Es del señor de Mausabré, exclamó.

— ¡El señor de Mausabré! repitió Lucía tan asombrada como su hermana, pero más conmovida. ¡Él en Turín! ¡Se ha decidido al fin á emigrar!

— Probablemente. Escucha lo que te escribe.

Y la joven leyó en alta voz :

« Ninart de Mausabré acaba de saber con tanto placer como sorpresa la presencia de la señora condesa de Entremont en la casa Gavotti, donde él ha tomado domicilio por los pocos días que debe pasar en Turín. Deseando ponerse á sus órdenes, tendrá el honor de presentarse en sus habitaciones esta tarde á la hora que ella tenga á bien indicarle. »

¡Mausabré, el abuelo de Roberto de Dalassenel! ¡Cuántos recuerdos evocaba aquel nombre en la memoria de Lucía! ¡Cuántos testimonios de cariño había recibido de aquel amable anciano cuando era la prometida de Roberto y qué dispuesta se sentía ella entonces á quererle! Rotos sus esponsales, la joven había dejado de verle; pero, de repente, su memoria le recordaba sus bondades, su benevolencia y la sonrisa paternal que se dibujaba al verla en aquella cara venerable en que se revelaba la serenidad de una conciencia pura y leal.

Todavía en aquel instante su carta despertaba en el alma de Lucía una emoción de la que la joven no trataba de defenderse y que tenía origen en la gratitud que conservaba al abuelo de Roberto. Tan viva era esa gratitud que le hacía olvidar el rigor con que había tratado á su nieto y despreciado su conducta. Si Roberto no se había casado con su prometida, á pesar de los sentimientos que habían concebido el uno por el otro, era tanto por la voluntad de su

abuelo como por la del marqués de Palarin. Ambos habían estado de acuerdo para decidir que la traición de aquel desgraciado le hacía indigno de aliarse con una casa en la que la fidelidad á Dios y al rey no se habían jamás desmentido. Aunque su decisión hubiera desgarrado el corazón de Lucía, ésta sabía que se habían inspirado en el cuidado de su felicidad más aún que en su legítimo resentimiento, y deplorando que se hubiesen dejado cegar por la cólera, les perdonaba el haber entregado su existencia á la desgracia.

En esta disposición de ánimo, la visita del anciano Mausabré no podía disgustarla. Lucía sería feliz de volverle á ver, y más aún si por él recibía noticias de Roberto.

— Tengo que responder á esta carta, dijo, muy pronto.

Y mirando á la Gerard como para pedirle su opinión, continuó :

— Voy á escribir al señor de Mausabré que será bien venido á cualquier hora que se presente. No creo que mi marido encuentre mal que le haya recibido.

— ¿Cómo podría encontrarlo mal el señor conde? dijo la Gerard. ¿Qué mal hay en recibir á un noble tan respetable como el señor de Mausabré?

— Olvidas, Gerard, que es el abuelo del señor de Dalassene.

— Está regañado con su nieto, no le ve ya y no es

aparentemente para hablarle á usted de él para lo que quiere verla. Además, ha sido amigo de su padre de usted y no puede hacerle esa afrenta.

— Es lo que yo pienso. Voy, pues, á escribirle que venga; su presencia traerá un poco de distracción á nuestra triste vida.

— La verdad es que nada tiene de alegre, observó el ama de gobierno. El señor conde no es razonable. Estamos aquí como presas.

— No gruñas, respondió vivamente Lucía. ¿Para qué quejarse cuando no se puede impedir nada? ¿No piensas como yo, Clara?

— ¡Oh! yo, mientras esté á tu lado, no me quejaré, respondió la joven. No pido más que no dejarte nunca aunque tenga que seguirte al fin del mundo. Con esa condición, me estimaré siempre dichosa. Pero, puesto que vas á escribir al señor de Mausabré, ¿por qué no le invitas á cenar? Así le tendremos al lado más tiempo.

Clara estaba al lado de la cama de su hermana, y ésta la atrajo hacia ella con ademán afectuoso y sonriente y dijo besándola :

— No tienes más que buenas ideas, Clarita. Sí, voy á rogar á ese venerable amigo que venga á cenar con nosotras. Así hablaremos del pasado. Ahora, déjame vestirme; tengo prisa de escribirle y de recibir su respuesta.

La de Entremont se quedó sola y, mientras se entregaba á los cuidados de su atavío, se abandonó á

los ensueños que acababa de reanimar en ella el anuncio de la visita de Mausabré.

En aquel mismo día, al anochecer, el portero de la casa Gavotti iba á cerrar, como todas las tardes, la verja del jardín, cuando fué bruscamente interpellado por un hombre que acababa de surgir delante de él.

— Una palabra, amigo. ¿No es aquí donde habita la señora condesa de Entremont?

Esto fué dicho en italiano, un italiano muy puro, aunque caracterizado por un poco de acento extranjero, y con una voz cuya cordialidad disimulaba mal la costumbre del mando.

Antes de responder, el portero examinó al personaje que acababa de interrogarle. Bajo las anchas alas de un sombrero verde, de fieltro flexible, muy semejante á los que usan los aldeanos del Tirol, el portero vió á pesar de las sombras que producían aquellas alas y el crepúsculo naciente, una cara joven de líneas muy puras y de expresión benévola á pesar de su gravedad, y dos ojos negros de singular vivacidad, unos ojos á los que la cólera debía de poner terribles, aunque en reposo, como estaban entonces, tuvieran la dulzura de una caricia.

El porte de aquel hombre era un término medio entre el de un artesano y el de un burgués de condición modesta, pero al portero le chocó el visible contraste que ofrecía con la elegancia natural y la actitud altiva del personaje cuya silueta dibujaba.

— ¿Qué quiere usted á la señora condesa? preguntó en tono de desconfianza.

— ¿Me permitirá usted que se lo diga á ella misma? dijo con acento burlón el desconocido.

Y se sacó del bolsillo del chaleco un escudo de plata, que puso en la mano del cerbero.

— La señora condesa no le recibirá á usted, respondió éste con un poco más de amabilidad. Cuando vino, hace tres meses, á instalarse en esta casa con su hermana, el ama de gobierno, la señora Gerard, me dió orden de rehusar la entrada á cualquiera que la pidiese.

— Las órdenes más severas llevan consigo excepciones.

— Esas señoras no ven á nadie, absolutamente á nadie, ni siquiera á los huéspedes de la casa. Hoy solamente, han recibido por primera vez á un viajero llegado anoche, un anciano, amigo suyo á lo que parece.

Le han convidado á cenar, y están en la mesa en este momento; puede usted pensar cómo me acogerían si faltase á la consigna.

— Esté usted seguro de que será levantada para mí en cuanto me anuncie, porque yo también soy un amigo como ese anciano.

— ¡Oh! no, no como él; es un viejo cuya visita no puede alarmar al señor conde.

— ¿Está en Turín el señor de Entremont? preguntó vivamente el desconocido.

— Hace mucho tiempo que se volvió á su regimiento.

— ¿Y cree usted que mi visita le alarmaría?

— Se dice que es terriblemente celoso.

Dalassene, pues nuestros lectores le habrán reconocido bajo el disfraz con que se había disimulado, no hizo caso de esta última frase. El joven se estaba preguntando por qué medio vencería la resistencia que se le oponía. Gracias á la misión que desempeñaba en Saboya con otros miembros de la Convención, había sabido por informes de la policía que la de Entremont se había refugiado en Turín. Resuelto á intentar verla, había maniobrado hábilmente para ser nombrado por sus colegas á fin de ir á reanimar en el Piamonte el celo de los partidarios de la República y á excitarlos á la rebelión contra surey.

Salido en secreto de Chambery, había podido pasar la frontera haciéndose pasar, gracias á su conocimiento de la lengua italiana, por un súbdito piamontés.

Roberto llegaba, pues, al término de su viaje, del que era pretexto la política, pero cuyos peligros le hacía afrontar solamente el amor, peligros formidables, estando el Piamonte en guerra con Francia. Después de haberse ilusionado con la idea de ver á Lucía, no quería marcharse sin verla, así es que, lejos de dejarse convencer por los argumentos del portero, trató de refutarlos.

— Le repito á usted, amigo, que la señora de En

tremont me recibirá como ha recibido á ese anciano que está cenando con ella.

El portero no parecía dispuesto á creerle, y el joven añadió fingiendo no notarlo:

— ¿Conoce usted á ese invitado?

— No le he visto nunca, pero su nombre figura en la lista de nuestros huéspedes. Si quiere usted verla.

— Voy á hacerlo, respondió Dalassene sin dejarle acabar.

Pasó la verja delante del portero y llegó antes que él á un pabelloncito que había en la entrada del jardín. Como la noche iba cerrando, el cerbero encendió una candela y levantándola hasta el cuadro colgado en la pared, puso el dedo en el último de los nombres que había allí escritos.

— ¿Puede usted leer? dijo.

Los ojos de Dalassene siguieron la dirección del dedo, y, de repente, expresaron una estupefacción que tradujo al mismo tiempo el grito que le arrancaba el nombre que estaba leyendo y que era el de Ninart de Mausabré.

¡Su abuelo en Turín, llegado sin duda al mismo tiempo que él! ¡Qué rara y turbadora coincidencia! ¿Con qué objeto había ido al Piamonte, cuando su nieto, que sabía que no había querido emigrar, le creía en París ó en sus tierras de Normandía? ¿Era una circunstancia fortuita la que le había reunido con Lucía ó no había hecho ese viaje másque para verla?

¡Verla! ¿Para qué? Sin duda, durante el período de los esponsales, cuando iba á ser su nieta, el anciano se había mostrado tiernamente afectuoso con ella, había apreciado sus méritos y manifestádole su confianza en las formas más delicadas. Pero no habiéndose verificado el casamiento que él deseaba tan vivamente y habiéndose convertido Lucía en mujer del conde de Entremont, no podía ser más que una extraña para Mausabré.

Su encuentro no se explicaba más que como debido al azar, y al azar, en efecto, le atribuía Dalesene. Pero esta suposición no podía disipar la turbación que había producido el temor de encontrarse en presencia de su abuelo y de oír de nuevo sus acusaciones y su maldición. Dominado por ese temor, hubiera renunciado á ver á Lucía en aquel momento y aplazado su visita para el día siguiente, si no hubiera tenido que salir de Turín aquella tarde. Por otra parte, ¿se habría marchado su abuelo al día siguiente?

Y si no se había marchado, ¿no corría también el riesgo de encontrársele?

Por otra parte, el joven no se disimulaba los peligros que corría prolongando su estancia en Turín. Esta ciudad estaba llena de franceses, algunos de los cuales le habían visto seguramente en otro tiempo en Versalles y después en los bancos de la Convención. Podía, pues, ser reconocido, delatado al gobierno piamontés y arrestado. ¿Qué orgullo fundaría sobre

su prisión este gobierno! ¡Con qué gozo sabrían la noticia los realistas! ¡Cómo se reirían los hermanos y amigos de París y de qué burlas harían objeto al miembro de la Convención que se hubiera dejado coger tontamente por los satélites del tirano sardo!

Esta consideración pudo más que todas las otras y le convenció de la necesidad de ver inmediatamente á Lucía, so pena de dejar Turín sin haber podido cambiar una palabra con ella. No necesitó mucho tiempo para llegar á esta conclusión, pues las reflexiones que acaban de ser analizadas se habían sucedido en su mente con la rapidez que supone la inminencia de un peligro. Sin embargo, su turbación era demasiado manifiesta para que el joven pudiera disimularla. El portero la había observado y su actitud demostraba que no le engañaban los esfuerzos que hacía Dalassene para ocultársela.

En tono casi burlón, le preguntó :

— ¿Sigue usted queriendo que vaya á anunciarle á la señora condesa?

— Quiero más que nunca, respondió Dalassene á quien esta pregunta devolvió todo su aplomo.

— Deme usted, entonces, su nombre.

— Es inútil. Anuncie usted un mensajero que llega de Francia para un asunto urgente. Trate tan sólo de no hablar delante del anciano, y yo sabré agradecer la habilidad y la discreción que usted muestre.

Esto ya no era un ruego, sino una orden, y una

orden apoyada por una promesa. El hombre á quien se dirigía se apresuró á obedecer. Y en pie, en el umbral del pabellón, en torno del cual se hacían más densas las sombras de la noche, Dalassene le siguió con la vista por la calle de árboles que conducía á la casa, cuyas ventanas empezaban á iluminarse. Cuando le vió desaparecer, se entró en el pabellón, muy conmovido y con el corazón angustiado, preguntándose si su antigua prometida consentiría en recibirle y si evitaría el encontrarse con su abuelo

III

En las habitaciones de la condesa de Entremont se estaba acabando la cena; todos se habían levantado de la mesa y los tres comensales, mientras se servía el café, estaban hablando de las cosas del día, de las familias emigradas, de las que se habían quedado en Francia y de los trágicos acontecimientos que en ella se sucedían desde que los revolucionarios ocupaban el poder.

Mausabré contaba con emoción estos terribles dramas, de los que había sido testigo, y aunque hasta entonces hubiera él evitado los peligros, no por eso estaba menos compadecido por la suerte de los infortunados que, menos dichosos que él, habían sido víctimas. El nombre de Dalassene no había sido pronunciado, ni Lucía quería que lo fuese mientras su hermana tomase parte en la conversación. En las palabras de Mausabré y en sus reticencias había adivinado igual preocupación; era visible que el an-

ciano esperaba, para hablar á Lucía del pasado, que se hubiese alejado Clara, así es que ésta tenía prisa por encontrarse á solas con él.

Con una seña, se lo hizo comprender á su hermana, que acababa de poner en un velador, al lado de Mausabré, una taza de café.

— Voy á dejaros, respondieron los ojos de Clara.

Pero, en este momento, apareció en la puerta del salón la señora Gerard, que se esforzaba por huir de las miradas del convidado.

Lucía se acercó á ella y la interrogó en voz baja.

— ¿Tienes que hablarme, Gerard?

— Es que hay un hombre que pide ver á usted. Está esperando en la portería.

— ¿Cómo se llama?

— No ha querido decir su nombre. Dice que viene de Francia y que tiene que hacer á usted una comunicación, pero yo tengo la idea de que es un emigrado necesitado, un mendigo.

— Ó un espía enviado de Chambéry. Seamos prudentes, Gerard. Haz que le digan que vuelva mañana temprano; hoy tenemos gente.

— Así se lo ha dicho el portero; pero él insiste.

— Entonces, querida, ve tú misma y trata de saber quién es y lo que quiere.

Durante este coloquio, Clara se había quedado con Mausabré, y Lucía se reunió con ellos disimulando la preocupación que le causaba la presencia de un desconocido en su puerta. Su hermana fué á

sentarse al piano colocado en el fondo del salón y se puso á tocar muy bajito.

— ¡Qué deliciosa joven es esta Clara! dijo Mausabré. Es como usted era cuando tenía su edad y se hará tan hermosa como usted cuando tenga la suya.

— Deseo que sea más feliz de lo que yo he sido y soy, respondió Lucía.

Y como para prevenir la reflexión con que Mausabré iba á responder á su queja, siguió diciendo:

— En la carta que me ha escrito usted esta mañana me decía que no va á estar en Turín más que unos días. ¿A dónde irá usted después?

— Me volveré á Francia, querida niña.

— ¡A Francia, á pesar de las leyes promulgadas contra los emigrados!

— Yo no lo soy, dijo el anciano en tono de protesta. Yo no he querido emigrar é incurrir así en la falta cometida por tantos otros que han huído. Huyendo, han entregado el rey á la muerte, y acaso á la reina. Los que han matado al marido piden la cabeza de la viuda, y no sé si lograremos salvarla. Además, ¿cómo había yo de imitar á esos fugitivos, á esos desertores, cuando mi hermano, Ninart de Lavoix, ha querido quedarse en Francia? No, yo he salido de mi país con la cabeza alta, con un pasaporte en regla autorizándome para viajar por Italia para mis negocios.

— ¡Ha logrado usted que le dieran un pasaporte! exclamó Lucía con sorpresa.

— Sí, gracias á mi amigo el abogado Berryer, que está en buenas relaciones con un miembro de la junta de Salvación pública, al que hizo favores en otro tiempo. Su intervención ha hecho que me den lo que hubiera sido imposible sin una poderosa recomendación. Y así he podido llenar una misión de que me había encargado.

— ¿Una misión? dijo Lucía no atreviéndose á formular la pregunta que le quemaba los labios.

— Puedo muy bien decir á usted cuál era, prosiguió Mausabré; usted no me hará traición. Mi hermano, el arrendador general, en su cualidad de banquero de la corte, era depositario de sumas importantes pertenecientes á familias nobles, y estaba alarmado sabiendo que esas cantidades estaban á merced de un golpe de mano de las turbas. No atreviéndose á ausentarse de París, por miedo de infundir sospechas y deseando sin embargo hacer pasar esos depósitos al extranjero, me ha confiado ese cuidado.

— A riesgo de comprometer á usted.

— He vivido poco en París y soy menos conocido y, por consecuencia, menos vigilado que él. Lo que él no podía hacer, podíalo yo sin correr los mismos riesgos. Lo he logrado; los depósitos están en seguridad en casas de banca de Turín y me vuelvo á Francia, dichoso de haber dado este testimonio de adhesión á un hermano á quien quiero y que es el mayor y el jefe de nuestra casa.

La joven condesa escuchaba con admiración al valeroso anciano que hablaba tan sencillamente del acto heroico que acababa de realizar, como si no se hubiera expuesto á pagarle con la vida.

— Pero si alguna vez se descubriese que ha disimulado usted el objeto de su viaje, dijo Lucía... Hay en Francia leyes terribles, leyes de sangre. Es verdad que usted podría invocar la protección de su nieto. Como miembro de la Convención...

No pudo continuar; Mausabré se había erguido y en su cara, rodeada de largos cabellos blancos, una máscara de odio y de cólera velaba repentinamente la expresión de bondad que era en ella habitual.

No me hable usted de ese renegado, querida Lucía. No le debo nada ni quiero deberle. Se ha puesto al lado de los enemigos de su Dios y de su rey, y creería deshourarme si alguna vez recurriera á él.

Esta frase vehemente, lejos de imponer silencio á Lucía, le sugirió un violento deseo de defender al hombre á quien amaba.

— Es muy culpable, confesó, pero ¿es el único culpable?

— ¿Quién puede haber merecido ser acusado de sus crímenes?

— Los que me han separado de él en vísperas de nuestro matrimonio, respondió atrevidamente la de Entremont, mi padre y usted. La falta de Roberto, por grave que fuese, podía ser reparada, pero fueron

ustedes implacables con él. Por mucho que yo supliqué á mi padre declarándole que aquel rompimiento haría la desgracia de toda mi vida, no contento con hacerse sordo á mis súplicas, me obligó á casarme con la persona cuyo nombre llevo.

— No procuraba más que su felicidad de usted, Lucía. ¿Podía creer que no sería usted dichosa con un valiente noble, que es el honor mismo?

— ¡Dichosa con un marido de cuarenta años, cuando apenas tenía yo diez y ocho! exclamó Lucía, cuyas penas se expresaban con dolorosa amargura. Se me ha entregado al señor de Entremont como una esclava; yo no me dí; él me tomó sabiendo que otro había recibido mis juramentos. ¿Cómo había de amarle? No le amo ni le amaré jamás. Si hubiera usted vivido con nosotros desde que soy su mujer, hubiera comprendido cuán poco estábamos hechos el uno para el otro. No he tenido más que compararle con su nieto de usted para medir todo lo que he perdido no casándome con el hombre que había elegido mi corazón.

Al presentarse en las habitaciones de la de Entremont, Mausabré estaba tan lejos de sospechar el estado de su alma que se quedó como agobiado por las recriminaciones y los reproches que acababa de oír y presa al mismo tiempo de asombro y de lástima al ver que el amor de la joven por Roberto era más ardiente que nunca. La cólera que hacía un momento no había podido contener, se apaciguó y

el anciano no pensó más que en tratar de curar á Lucía probándole que su nieto no merecía que ella vertiese por él tantas lágrimas.

Con un lenguaje tranquilo y lleno de dulzura, el anciano recordó los incidentes escandalosos de la conducta pública de Roberto, sus discursos, sus violencias y sus amores.

Para coronar esta acusación, dijo :

— Ha recogido sus amigos y sus amadas en la podredumbre de los tristes tiempos que alcanzamos, en una sociedad de verdugos, de agiotistas y de perdidas.

Pero Lucía hacía frente á estas recriminaciones, menos para refutarlas que para probar que el acusado no era el único responsable de los hechos que las justificaban.

— Si yo hubiera sido su mujer, le hubiera detenido en la vía que tomaba, le hubiera traído al bien é impedido cometer nuevas faltas. La influencia de una mujer amada es todopoderosa con aquel á quien ama, y la mía se hubiera ejercido sobre él.

Mausabré sonreía con expresión de duda.

— Ó la suya sobre usted, dijo :

Esta objeción, que le sugería su experiencia de la vida, chocó á su interlocutora.

— ¡La suya sobre mí!... Es posible, después de todo, concedió. ¿Pero qué importaba si seguía queriéndome? Nosotras las mujeres, cuando amamos, solamente no podemos perdonar los ultrajes de amor.

— ¿No ha ultrajado mi nieto el de usted arrastrándose en todas las abyecciones de la galantería vulgar?

— Estoy segura de que lo ha hecho impulsado por el despecho de verme perdida para él.

— Si la hubiera á usted amado, se hubiera guardado de tales excesos.

— ¿Por qué? ¿Qué podía esperar siéndome fiel? Yo estaba casada y él libre.

— De modo que usted le defiende! dijo Mausabré en tono de dulce reproche.

— Si es defenderle el atribuir sus faltas al rigor de que fué objeto, sí, le defiende.

Al anciano no se le ocurrió nada que responder. Acaso empezaba á comprender que un poco de indulgencia con su nieto hubiera detenido á éste en la pendiente que le había conducido al abismo. Acaso también temía irritar á Lucía mostrándose implacable con Roberto. Puesto que la joven amaba aún á aquel desgraciado, no lograría convencerla de su indignidad. Más valía no hablar de él y así iba á decirselo, cuando se abrió la puerta del salón y apareció la Gerard.

— Permítame usted dar una orden, señor de Mausabré, dijo Lucía levantándose.

Y se acercó al ama de gobierno con una pregunta en la mirada.

— ¡Ah! señora... ¡Qué aventura! le dijo la Gerard en voz baja. Es el señor de Dalassene.

Lucía se sintió desfallecer.

— ¡Roberto! Se ha atrevido...

Lucía hubiera querido mostrarse ofendida por tanta audacia, pero no le era posible. Se estaba apoderando de su corazón una inmensa alegría que se esforzaba en vano por disimular.

— No le recibiré; no le veré, dijo.

Aunque así lo afirmaba Lucía con sinceridad, sus ojos desmentían su afirmación y revelaban el violento combate que se verificaba en ella. Ardía en deseos de recibir á Roberto y así lo hubiera hecho si hubiera podido esperar que su marido ignoraría esta visita. Pero si la sabía y quería saber su objeto, ¿con qué razones, con qué pretexto podría ella justificar el haberse prestado á una entrevista con su antiguo prometido?

Estas preguntas se precipitaban en su mente y su impotencia para resolverlas le hizo repetir que no vería al viajero.

— Entonces, no sé cómo vamos á desembarazarnos de él, objetó la Gerard. He querido despedirle y le he reprochado su imprudencia y el riesgo que le hace á usted correr exponiéndola á las sospechas del señor conde, pero todo ha sido inútil; quiere hablar con usted y no desistirá.

— ¿Le has dicho que está aquí su abuelo?

— Lo sabía, pero no se preocupa por ello; espera no encontrarle.

— ¡Lo sabía! exclamó la joven; pero, entonces...

Lucía se sintió dominada por una idea repentina; había encontrado el pretexto que estaba buscando.

— Oye, amiga mía, continuó, consiento en oírle, pero en presencia del señor de Mausabré. Quiero reservarme la posibilidad de probar á mi marido que Dalassene ha venido á Turín, donde no pensaba encontrarme, con el objeto de ver á su abuelo y de reconciliarse con él. Dile que le suplico que se preste á esta estratagema. Si no, que se vaya y que renuncie á verme.

Mientras Lucía daba febrilmente esta orden, Clara, llena de curiosidad por la vivacidad de aquella corta conversación, cuyo objeto no adivinaba, dejó el piano y se acercó á su hermana.

— Ve con Gerard, querida, y une tu ruego al suyo.

— ¿Qué ruego? preguntó Clara que no comprendía.

— Ella te lo explicará... Idos, idos.

Con un ademán de impaciencia, Lucía empujó hacia fuera á su hermana y al ama de gobierno, cerró la puerta y volvió á sentarse, excusándose, al lado de Mausabré. Pero su palidez y el temblor de su voz denunciaban su turbación con demasiada evidencia para que él no lo echase de ver.

— ¿Qué le sucede á usted, hija mía? preguntó con solicitud. ¿Es alguna mala noticia?

— No, señor, no, balbució Lucía.

Y espantada de haber tomado la responsabilidad de poner en presencia al nieto sublevado y al abuelo

cuyo implacable resentimiento le había revelado hacía un momento su lenguaje, se quedó delante de él silenciosa, confusa, no sabiendo por dónde comenzar á prepararle á la entrevista que acababa de provocar.

— En vano lo niega usted, Lucía, dijo el anciano; tiene usted un motivo de alarma y hace mal en ocultármelo, á mí, el antiguo amigo de su padre.

El reproche la conmovió y, bien porque no le fuera posible guardar más el secreto, bien porque hubiera concebido la secreta esperanza de reconciliar á aquellos dos enemigos, se decidió á confesar la causa de su turbación.

— ¿No perdonará usted jamás á Roberto, señor de Mausabré? preguntó.

— ¡Perdonarle! exclamó con asombro el anciano. ¿Á propósito de qué me lo pregunta usted? Sería preciso que él implorase su perdón. ¿Le ha encargado á usted de solicitarlo?

— No me ha encargado de nada. Pero, acaso, si estuviera seguro de que los brazos de usted se abrían...

Mausabré, más y más sorprendido, se había levantado.

— Para hablarme así, hija mía, es preciso que sepa usted algo de ese hijo desnaturalizado. No hago á usted la injuria de creer que está en relación con él ni que le ha visto. Acaso, sin embargo, él ha escrito á usted.

— No le he vuelto á ver desde el rompimiento de nuestros esponsales y nunca me ha escrito. Acabo de saber que está en la puerta de esta casa y debo creer que ha venido porque sabe que está usted aquí.

— ¿Cómo lo sabe? exclamó Mausabré.

— La República sostiene espías en el Piamonte, respondió Lucía.

— No tenía necesidad de venir aquí para encontrarme; podía verme en París.

— Habrá temido, acaso, comprometerse. He oído decir que los jacobinos se vigilan unos á otros, y, al acercarse á usted, hubiera corrido peligros...

— ¿No los corre también en Turín? Si fuera conocido, le detendrían las autoridades piamontesas y, sin duda, no se sentaría tan pronto en los bancos de la Convención. Después de todo, concluyó Mausabré, sería de desear. Preso aquí, no podría hacer daño en otra parte.

— Es de esperar que habrá tomado sus medidas para no ser conocido, objetó Lucía. En todo caso cuanto mayores son los peligros á que se ha expuesto por ver á usted; mejor prueba que vale más de lo que usted piensa.

Mausabré movió la cabeza y su fisonomía se transformó con una expresión de burla y de duda.

— Si es usted sincera al hablarme de él, querida Lucía, dijo, se hace usted ilusiones. Me cuesta trabajo bajo creer que es por mí por quien ha venido

Turín, y hasta pienso que es por usted, por usted sola.

Lucía se ruborizó; avergonzada por no haber podido engañar al anciano. Pero había avanzado mucho para retroceder, y jugando el todo por el todo, siguió diciendo:

— Entonces, señor de Mausabré, puesto que Roberto está ahí, lo que hay que hacer es preguntarle á él mismo qué motivos le han decidido á este peligroso viaje.

— Y bien, llámele usted; le oíré, y si está arrepentido... ¿Pero es aún libre de arrepentirse?

Lucía no escuchó más y se precipitó á llamar á Roberto. Saliendo á su encuentro podría sin duda decirle unas palabras y renovar el ruego que había encargado de hacerle á la Gerard y á Clara. Pero en la puerta del salón se encontró de repente en su presencia y no pudo por consecuencia hablarle sin que lo oyese Mausabré. Lo que pudo únicamente fué hacerle seña de que entrase y apartarse para dejarle pasar, respondiendo friamente á su saludo.

Dalassene no había vacilado en conformarse con lo que exigía Lucía. Puesto que quería verla, sufriría las condiciones que se le imponían y fingiría no haber ido á la casa Gavotti más que para encontrar á su abuelo. Pero no tenía confianza alguna en los resultados de aquella comedia. El abuelo no se engañaría y estaría convencido de que su nieto, que como él no podía creer en la posibilidad de una reconciliación, no había tratado más que de aproximarse á Lucía. Era, pues, preciso que Roberto diera una razón mejor para justificar su tentativa. El joven había buscado y hallado esta razón, y, aunque emocionado por la presencia de su abuelo, compareció ante él con la seguridad de un hombre que ha previsto todas las preguntas y está preparado á responder á ellas.

— ¡Usted en Turín, abuelo! dijo al entrar yendo hacia él como para abrazarle.

Mausabré le apartó con un ademán desdeñoso y replicó:

— ¿Le asombra á usted el encontrarme aquí?

Aunque Dalassene debía esperar aquella acogida, se ofendió por ella y su respuesta se resintió de esa impresión.

— Sabía que estaba usted aquí, respondió secamente, y cuando lo supe, sentí que hubiera usted emigrado.

— No he emigrado, señor mío, exclamó el anciano con un gesto de cólera, ni pienso emigrar. Estoy de paso en Turín y dentro de tres días estaré de vuelta en Francia. Si lo duda usted, puede, como miembro de la Convención, enterarse de mi pasaporte, y así verá que estoy en regla.

El anciano sacó del bolsillo una cartera y de ésta un gran papel con las armas de la República, que presentó á Dalassene.

— Guarde usted eso, abuelo. No hay aquí comisario de la Convención; no hay más que su nieto de usted, tiernamente respetuoso como siempre.

Dalassene hablaba con dulzura esforzándose por conservar la calma. Mausabré continuó con dureza

— Pero usted, ¿qué causa le ha traído á Turín? No querrá usted hacerme creer que es á buscarme á lo que ha venido. La señora de Entremont ha querido hacer un instante persuadirme de ello, á su instigación de usted probablemente, pero le prevengo á usted que no soy tan crédulo como ella.

— No ha sido él quien me ha sugerido la idea de esa pequeña mentira, dijo Lucía á la que asustaba el sesgo que iba tomando la entrevista. He recurrido á ella cuando se me ha anunciado al señor de Dalassene, con la esperanza de disponer á usted á devolverle su cariño.

— Sólo se le devolvería si él se hiciese digno de él por su arrepentimiento. Pero mucho temo que tal cosa no suceda nunca.

El acento de Mausabré se iba haciendo cada vez más agresivo y más acerbo. Lucía comprendió entonces que no se podía evitar una explicación entre el abuelo y el nieto y que esa explicación amenazaba ser dramática. Desolada de haberla provocado, pensó que era necesario que no tuviera testigos. Clara y la Gerard, que habían entrado detrás de Roberto, estaban en la puerta del salón. Lucía les hizo una seña y las dos mujeres desaparecieron. Si la puerta se hubiera abierto de nuevo, Lucía hubiera visto á su hermana escuchando, pálida y temblorosa, la continuación de aquel doloroso debate. Pero la joven no pensó más en mirar hacia aquel lado.

Su atención estaba absorbida por el abuelo y el nieto, enfrente el uno del otro, como enemigos, el abuelo envolviendo al nieto en una mirada de enfado y éste en una actitud que revelaba la violencia que se estaba haciendo para no faltar al respeto á que le obligaba el cabello blanco de su contradictor.

— No he de desmentir la afirmación de la señora

de Entremont, dijo á Mausabré. No he autorizado á nadie á afirmar que presentándome aquí pensaba encontrarle á usted. Si estoy en Turín, á despecho de los más graves peligros, si no he vacilado en afrontarlos, es que era necesario mostrar á una mujer á quien amo tanto como estimo el peligro que la amenaza y que no puede conjurar más que volviendo á Saboya.

— ¡Volver á Saboya! exclamó Mausabré previendo la pregunta que asomaba á los labios de Lucía. ¿Es eso, seriamente, lo que usted le aconseja?

— No solamente se lo aconsejo, sino que le suplico que lo haga. Se lo aconsejo por su interés. Si no lo hace, adiós su fortuna.

— Explíquese usted, caballero, no comprendo, murmuró Lucía.

— La Convención, continuó Dalassene, ha tomado respecto de los emigrados saboyanos las mismas medidas que respecto de los emigrados franceses. Sus comisarios en Saboya han invitado á los fugitivos á volver á Chambéry en un plazo de dos meses, so pena de que sus bienes sean confiscados y vendidos en provecho de la nación. Ese plazo expira dentro de tres días y los señores de Entremont están inscriptos en la lista de emigrados. Si no vuelven el uno ó el otro, ningún poder humano podrá conjurar a ruina de que están amenazados. He aquí lo que es útil hacerles conocer y para este efecto estoy aquí. Aunque el hecho revelado por Dalassene fuese

exacto, el joven exageraba voluntariamente sus consecuencias omitiendo añadir que su protección hubiera podido ejercerse en provecho de los Entremont y que de él dependía, si no volvían inmediatamente, obtener para ellos una prórroga del plazo fijado por la Convención. Pero al encontrar á Lucía más bella que en otro tiempo, había sentido reanimarse los ardores de una pasión de la que no había podido curarse, y se había prometido llevarse á su antigua prometida á Chambéry, donde él residía por algún tiempo aún, y para asustarla con la perspectiva de una ruina próxima y decidirla á partir más de prisa, utilizaba una circunstancia de la que no pensaba sacar partido cuando se puso en camino para Turín. Al mismo tiempo, daba satisfacción á Mausabré justificando su viaje con una razón plausible, de la que hasta podía enorgullecerse.

El silencio que guardó su abuelo después de haberle oído le hizo creer al principio en el éxito de su estratagema. Pero pronto tuvo que desengañarse. Lucía se volvió hacia Mausabré y le preguntó:

— ¿Cuál es su opinión de usted?

— Debe usted consultar á su marido.

— ¡Mi marido! ¿Dónde está? ¿Se ocupa de mí? Apenas me escribe. No sé dónde se encuentra y por eso solicito la opinión de usted.

— ¿La seguirá usted? preguntó Mausabré con expresión de duda. Está en contradicción formal con la del ciudadano Dalassene. No debe usted

volver á Chambery mientras él este allí, y estoy seguro de que la conciencia se lo dice á usted como yo.

— Pero ya lo ha oído usted... No obedecer el decreto de los comisarios de la Convención es sacrificar mi fortuna y la de mi marido; es consumir nuestra ruina... y acaso él me acusaría...

— Su marido de usted, señora, no la acusaría por haber creído que valía más ser arruinada que comprometida. Y lo sería usted fatalmente si se fuera á Chambery en seguimiento de este desgraciado. Sí, lo sería usted, repitió Mausabré bajando la voz como para no ser oído más que por Lucía. ¿Cree usted que no he adivinado al escucharla que le ama usted aún? Viéndole todos los días no tendría usted fuerza contra sus empresas y perdería prontamente su reputación.

Por muy bajo que fueron pronunciadas estas palabras, llegaron al oído de Dalassene, que se irguió ante el ultraje.

— ¿Me toma usted por un malvado? dijo con arrogancia.

Mausabré se volvió bruscamente y no pudiendo dominar su exasperación, se expresó en términos patéticos.

— ¿Qué otro nombre dar á usted que sea más merecido? Hace cuatro años ruedá usted de crimen en crimen y no ha habido uno ante el cual haya usted retrocedido. Hasta ha votado usted la muerte

de nuestro amado rey. Sí, usted, cuyos padres fueron colmados de beneficios por los suyos, ha contribuido á su martirio y no ha temido hacerse su verdugo. Estaba usted en Colmar y el proceso se desarrollaba en su ausencia; no estaba usted entre sus jueces y les escribió sin embargo para asociarse á ellos. Su carta de usted es abominable. La he leído en los papeles y he guardado la copia. Aquí está, gritó Mausabré golpeándose el pecho. La llevo siempre conmigo para recordar, si alguna vez estuviese tentado de perdonarle, que le maldije después de haberla leído.

Se calló, faltó de fuerzas y vacilante, sin poder apenas tenerse, y se dirigió á la puerta apoyándose en el brazo de Lucía.

Después de haber intentado en vano detener el raudal de aquellas palabras irritadas, la joven le sostenía y guiaba sus pasos suplicándole que se calmase.

Cuando abrió la puerta, vió á Clara y le confió al infortunado.

— Siga usted á mi hermana, caballero, dijo. Ella le ayudará á reponerse. Yo iré á buscarle dentro de un momento, en cuanto su nieto se haya marchado.

Pero el anciano no cedió en el acto. En el momento de salir se detuvo en el umbral del salón para hacer una nueva advertencia á la de Entremont.

— Diga lo que quiera, no le escuche usted, murmuró designando á Roberto que lívido y silencioso,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1425 MONTERREY, MEXICO

29909